

HISTORIA DE LA FILOSOFÍA TOMO I

IDEAS, DOCTRINAS

DIRIGIDA POR **FRANÇOIS CHÂTELET**
Catedrático de la Universidad de París VIII

PRIMERA PARTE

LA FILOSOFÍA PAGANA

(Del siglo VI antes de Cristo al siglo III después de Cristo)

POR

Pierre AUBENQUE

Catedrático de la Universidad de París IV

Jean BERNHARDT

Encargado de investigaciones del Centro Nacional de Investigaciones Científicas

François CHÂTELET

Catedrático de la Universidad de París VIII

SEGUNDA PARTE

LA FILOSOFÍA MEDIEVAL

(Del siglo I al siglo XV)

POR

Anuar ABDEL-MALEK

Profesor encargado de investigaciones en el Centro Nacional de Investigaciones Científicas

Abdurraman BADAWI

Catedrático de la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Libia, en Bengasi

Benedykt GRYNPAS

Director de la Sección sobre Extremo Oriente de los Museos Reales de Arte e Historia de Bélgica

Patrick HOCHART

Agregado a la Escuela Normal Superior

Jean PÉPIN

Director de investigaciones en el Centro Nacional de Investigaciones Científicas

SEGUNDA EDICIÓN

Traducción del francés por
Victorio PERAL DOMÍNGUEZ
Licenciado en Filosofía y Letras

ESPASA-CALPE, S. A.
MADRID, 1982



I

DEL MITO AL PENSAMIENTO RACIONAL

POR FRANÇOIS CHÂTELET

La filosofía se expresa en griego. Se ha repetido con razón después de Heidegger. Empero, se trata de saber en *qué* lengua griega. Estamos demasiado acostumbrados a razonar en función de las normas sintácticas y semánticas fijadas arbitrariamente en una época relativamente reciente. Es evidente que la lengua de Heráclito no es la misma que la de los pensadores de la época alejandrina; que la transcripción operada por Cicerón de los términos y construcciones de que usaban la Academia y el Pórtico no es correcta; que el latín de los romanos no es el mismo que el de los cristianos; que el código lingüístico de estos últimos no ha conservado —de la patristica latina a la disertación de habilitación de Manuel Kant, diecisiete siglos después— el mismo orden significativo. Habría que estar muy ciegos para pensar que existe una especie de referencia absoluta a partir de la cual sería posible traducir, confrontar, organizar en filiaciones patentes u ocultas los textos de los que se designan como «grandes filósofos». A este respecto, los ejercicios de los eruditos —que descubren sin descanso nuevos parentescos— hay que ponerlos en el mismo registro que las acrobacias de los defensores de la historia secreta, filólogos y hermeneutas: en el de mitólogos que construyen un pasado en el que cada cual encontrará hoy su interés y justificación.

Por eso, conviene comenzar por un ejemplo que es como un apólogo. La historia moderna de la filosofía de la Antigüedad restablece un orden intelectualmente satisfactorio para los que

lo elaboran. En el principio está la religión, el mito y la poesía: de Homero a Píndaro (y por desviación hasta los autores clásicos de la tragedia); luego viene una transición: los «presocráticos»; en esta gran «bolsa» se meten los «físicos», como Tales, los atomistas, los médicos, los historiadores, Heráclito, Parménides, Anaxágoras, Empédocles y los sofistas; aparece Sócrates: todo cambia, pero de un modo que aún no es radical. Con Platón, con la fundación de la Academia, en 387 antes de Cristo, se instituye, por fin, el orden de la racionalidad; este orden, precario, torpe, que estará sujeto a múltiples modificaciones, ya ha determinado sus principios. El pensamiento, que obedece a la exigencia legendaria, es sustituido por una lógica nueva que regula, merced a una estricta disciplina del raciocinio, la cuestión del derecho a la palabra *verdadera*, es decir, eficaz.

Semejante lectura es buena. Es incuestionable que la concepción griega del hombre y del mundo se «secularizó» o «laicizó» progresivamente, y el universo de los dioses se esfumó paulatinamente frente a las acciones de los hombres. Mientras que en los siglos que se ha convenido en llamar homéricos el relato gira en torno a los personajes divinos —pues los personajes humanos se reducen a esencias en el estatuto de la casi dependencia—, en la época clásica —siglo V— el hombre, como ciudadano-guerrero, que habla y lucha, aparece como parte integrante de su destino. En esta época, géneros culturales cambian de sentido y de estilo: la tragedia, de fundamentalmente religiosa, se convierte en ceremonia cívica; la comedia pasa del juego bufonesco a la crítica política; otros géneros se refuerzan, como la historia-geografía: a las descripciones legendarias y genealogías míticas suceden paisajes y costumbres analizados y descritos con precisión, secuencias de eventos referidos escrupulosamente; nacen otros, como una medicina que en adelante recurre más a la investigación de las causas de la enfermedad que a los recursos ambiguos de la adivinación; al igual que la «física», que pasa paulatinamente de las especulaciones mágicas al estudio de las relaciones fenomenales; como el arte de la palabra, que ya no es patrimonio de las familias nobles, sino que se convierte en el medio de que dispone todo ciudadano, al menos por derecho, para hacer valer sus opiniones e intereses; como la «filosofía», que deja de ser declaración exaltante y misteriosa para reivindicar,

con el dominio del juego de las preguntas y las respuestas, su *derecho* a definir en todos los campos la jurisdicción suprema.

En suma, para hablar como Condorcet, el progreso marcha bien. Las «luces» se instalan lentamente. El lugar donde se opera esta mutación es la *ciudad*. Ésta se forma en las ciudades coloniales, especialmente en Asia Menor; conquista la metrópoli, y Atenas se convertirá en el lugar de una evolución que después se considerará como ejemplar. El esquema de evolución, por consiguiente, es satisfactorio: la conquista política del estatuto cívico —del orden de la ciudadanía en el cual el destino de cada uno se define, no por su proximidad a los dioses, ni por la familia a que pertenece, ni por juramento de fidelidad a un jefe, sino por su relación con este principio abstracto que es la ley— constituye una primera etapa. La instauración de la democracia, que se efectúa, por causas históricas reconocibles, en Atenas, es el segundo momento. Una democracia no es únicamente —como lo indica su etimología— el poder del «bajo pueblo», sino el régimen en que el gobierno está «en el medio», cuando cada cual, que es ciudadano, tiene la capacidad, de derecho y de hecho, de participar en él. Al desorden de los bárbaros lejanos, al orden absurdo de los bárbaros demasiado cercanos —el imperio persa— se opone una organización razonable que corresponde al puesto del hombre en la disposición cósmica. En ella se administra un pensamiento nuevo que rechaza hacia la lejanía del arcaísmo el interés excesivo por los dioses y, por ende, registra el interés exclusivo por los hombres.

Según este ángulo de visión, la disposición de la continuidad ya es significación de ruptura. Pero ¿dónde y cómo se opera esta solución? Así es como se introduce el debate sobre el *origen* del razonamiento filosófico. ¿Dónde está la ruptura entre el mito y el pensamiento racional? ¿Está presente en esos pensadores físicos que, como Tales, toman como objeto de la interrogación decisiva los fenómenos naturales? ¿O más bien hay que esperar a Heráclito o Parménides, los primeros que plantean la cuestión del Ser e inician, por tanto, el problema metafísico? ¿Conviene, con más seriedad, situar el comienzo de la filosofía en el *escrito* platónico preservado en su mayor parte y que plantea por primera vez explícitamente el problema de la razón: el del razonamiento legitimado íntegramente? Y ¿de dónde vienen los atomistas?

En una palabra, la idea de una génesis tranquila que llevaría de lo imaginario a lo real, de la magia a la práctica, del particularismo (social) a lo universal (humano), del deseo al raciocinio, está comprometida desde el momento en que se plantea la cuestión de su articulación. Como lo establece el análisis de Jean Bernhardt, la denominación corriente de «presocráticos», atribuida a los autores apasionados por la teoría y cronológicamente anteriores o contemporáneos de Sócrates, es significativa de una concepción ingenuamente progresista y simplificadora del devenir del pensamiento. En cualquier caso, el asunto es más complicado, y es seguro de que no se resuelve tomando como referencia una progresión lineal que llevaría de la prerrazón a la razón realizada, de la filosofía en potencia a la filosofía en acto. Situémonos precisamente dentro de esta filosofía pretendidamente «realizada»: la de Platón. En ella se impone un estilo nuevo de raciocinio; se define un orden que pronto se designará como *lógica*; se determina una política original. Es evidente la novedad: ya no es la fuerza aparente de los hábitos o el poder seudoreal de los que llevan «el garrote», el que se impone, sino el orden de la palabra controlada. Sin embargo, en el terreno de esta novedad, por estar la tal novedad incluida en la red histórica del estatuto de la ciudad, el filósofo sigue siendo un *sabio*, equivalente al *chamán* —hechicero— en connivencia con fuerzas misteriosas...

Todo ocurre como si la filosofía, al mismo tiempo que logra delimitar cada vez mejor la originalidad de su campo discursivo, reiterase, integrándolas, actitudes muy antiguas. Por eso conviene no sólo rechazar la imagen de una evolución lineal, sino también matizar los esquemas de continuidad o discontinuidad. Sin duda, el análisis de los textos permite descubrir «comienzos» o «rupturas». Pero lo que comienza, mantiene, en parte, aquello contra lo que comienza y lo que rompe, integra igualmente elementos de aquello en lo que tiene interés en distinguirse. A este respecto, el caso del platonismo sigue siendo ejemplar: la filosofía platónica rechaza la filosofía tradicional, fundada esencialmente en la enseñanza de los poetas y en la religiosidad confusa que aquélla transmite; porque requiere un adiestramiento científico y recurre a los matemáticos y a la lógica, pues aspira a organizarse no en torno a representaciones ambiguas, sino a nociones precisas; señala

una ruptura y define una perspectiva «moderna». Pero al mismo tiempo se opone a otra «modernidad», la de los sofistas, los cuales también rechazan la tradición en nombre de otros principios tal vez más radicales... Del utilitarismo, convencionalismo y relativismo fundamentales de los sofistas, Platón nada quiere saber. No le interesa el hombre en sociedad, sino lo divino en el hombre. A sus ojos la democracia en sus diversas formas está en decadencia. Por ende, habla como «reaccionario». Directamente, al rechazar, por ejemplo, la lógica «liberal» de los sofistas que utiliza en su razonamiento el historiador Tucídides; indirectamente, al hacer valer, dentro de su propia demostración, esos procedimientos legendarios de la alegoría y del mito y cuando inviste a la filosofía de poderes que sobrepasan los del común de los mortales.

En suma, la filosofía es griega; es hija de la ciudad; de la ciudad democrática. Sentado esto, sigue siendo cierto que la lengua griega no es una esencia inmutable y que, reflexionando sobre su estatuto, tanto montan los cambios como las permanencias. Sigue siendo verdad que la ciudad, que sucede revolucionariamente a una «Edad Media feudal», echa raíces en un pasado anterior que señalan las monarquías prehoméricas y cuyas huellas están presentes en los textos platónicos, entre otros. Sigue siendo verdad que la democracia ateniense —punto de referencia de Platón y de sus adversarios, los sofistas— es un *problema*, no una *esencia*.

Esto significa que con la historia de la filosofía nunca se sabe nada seguro. Se da indiscutiblemente, al menos de Platón a Hegel, un dominio específico que podemos legítimamente calificar de *filosófico*; que tiene su terreno, su poder integrador y su propio orden. Empero, constantemente y desde el principio, este estilo que pretende poseer la jurisdicción suprema, debe confesar su impureza. El horizonte del que pretende alejarse y que aspira a superar y juzgar, le determina de parte a parte. Así, el pensamiento, hacia el siglo V de nuestra era, pasa de la regencia del mito al poder de la lógica filosófica: empero, este paso significa precisamente que ya existía una lógica del mito, de una parte, y en la realidad filosófica se incluye aun el poder de lo «legendario», de la otra.

¿Del mito al pensamiento racional? Desde luego. Pero ése no es pura imaginación desordenada, y éste tiende a imponerse como nuevo mito